

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 451

25 CTS.



Oriente

POR
Lon Chaney
Lupe Vélez
Lloyd Hughes

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Pasaje de la Paz, 10 bis**
Francisco - Mario Bistagne | TELÉFONO 18551

Año VIX BARCELONA N.º 451

ORIENTE

Emocionante cinedrama interpretado por
Lon Chaney

Lupe Vélez

Estelle Taylor

Lloyd Hughes



Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuída por

Metro-Goldwyn-Mayer Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal fotografía de

HENRY STUART

Oriente

Argumento de la película

I

La selva de Laos, emplazada en el límite de Siam y la Indochina del Norte y conservada en toda su augusta virginidad salvaje, era el campo de operaciones de Haines, el cazador de tigres; su coto de caza favorito, en donde nunca faltaban piezas que cobrar.

¡Y qué piezas!

Los más fieros y hermosos tigres de la selva eran diestramente apresados vivos por Haines con sus trampas y añagazas, y más de una vez el arriesgado cazador había sentido la poco grata caricia de sus zarpas en su piel, de las cuales conservaba, como vivo recuerdo, hondas cicatrices en todo su cuerpo, y especialmente en el rostro.

Haines era el proveedor de fieras más solicitado por los domadores de los mejores circos

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

mundiales, y para atender las frecuentes demandas veíase precisado a ausentarse de su casa por largas temporadas.

Tenía su hogar el cazador en Vien-Tiane, pintoresca ciudad del Sur, acariciada por las frescas aguas del río Mekong, y en la cual, aunque gobernada por las autoridades francesas, mantenían puros los usos y costumbres orientales.

Toda la familia de Haines y todos sus afectos los constitúa su única hija, Toyo, bella joven de diez y ocho años, crecida y educada en aquel ambiente de civilización mixta con una educación mitad de Oriente, mitad occidental.

Durante una de las prolongadas ausencias de su padre, Toyo había conocido a un muchacho extranjero llamado Bobby Bailey, llegado a Vien-Tiane comisionado por su padre, antiguo cliente de Haines, para escoger varios tigres con destino a los circos de su propiedad, quien, al no hallar al cazador en su domicilio, decidió esperar su regreso en la pequeña ciudad en lugar de reintegrarse a Singapore, atraído por la belleza y el encanto de la muchacha, a la cual declaróle su amor, siendo correspondido por Toyo.

Y ahora ambos esperaban el regreso de Haines con ansiedad para que éste sancionase, con su indudable aquiescencia, aquellos amores.

Un amanecer, ambos enamorados contemplaban embelesados la salida del sol. Sus rayos nacientes alumbraban la frente de una imagen del dios Buda.

—¡Mira, Bobby! El sol besa ya la frente del gran Buda—decía Toyo—. Ahora es el momento de pedirle lo que uno desea.

—¿Y cuál es tu deseo ahora, Toyo?

—Bobby, yo quiero que mi padre regrese de la selva sin que nada le haya ocurrido y consienta en nuestro amor.



... todos sus afectos los constitúa su única hija, Toyo...

—Yo sólo deseo pedirle una cosa a tu Buda: ¡Que te haga mi mujer!

—El dios atenderá nuestros ruegos, Bobby. Tengo el presentimiento de que mi padre ha de volver muy pronto, quizás hoy mismo.

—¿Tú crees que tu padre verá gustoso nuestras relaciones?

—¡Oh, no tengo duda! El me adora; yo soy su único cariño y sólo deseo complacerme con tal de hacer mi felicidad.

—¡Oh, Toyo, cómo te amo! ¡Ojalá no te equi-

voques en tus apreciaciones y pueda yo regresar a Singapore llevándote a mi lado!

Lento, se veía avanzar un elefante sobre el que cabalgaba un hombre, con la camisa destrozada, al aire la cabeza y repartiendo sonrisas entre las personas que cruzaban a su paso.

—¡Bobby, es mi padre! El gran Buda no me ha desoído.

Y, abandonando a su novio, Toyo partió veloz al encuentro de su padre.

—¡Toyo!—exclamó éste al divisarla, haciendo postrarse al paquidermo sobre sus extremidades delanteras. Toyo aferróse a la trompa del animal, que la elevó hasta la altura de su cabeza, yendo a parar la joven en los brazos del cazador.

—¡Padre, oh qué alegría tan grande volver a verte!—pudo exclarar Toyo cuando se vió libre de los abrazos emocionados de Haines. Mañana iré a ofrecer un rico presente al gran Buda por haberte traído sano y salvo.

El cazador sonrió.

—No tengo ninguna fe en ese mamarracho barrigón, Toyo, pero ya que tú loquieres hazlo, y si te parece necesario también acudiré yo a hacer la ofrenda.

Al llegar a su casa, Toyo fué la primera en saltar de la pesada cabalgadura, gritando a los criados:

—Venid, venid todos. Mi padre ha regresado. ¡Ming! ¡Ming! ¡Ven en seguida!

Y arrastraba cariñosamente de la mano a la vieja doméstica, que había hecho para Toyo las veces de una madre desde su infancia.

—¡Wong! ¡Li! ¡Pierre! Venid todos.

La muchacha, aturdida por la alegría inmensa

que el regreso de su padre la producía, la exteriorizaba corriendo de uno a otro lado y llamando a la servidumbre para que también participase de su contento.

—Te vas a volver loca, Toyo—dijo su padre, riendo complacido.

Y luego, volviéndose a la vieja sirvienta, que se había arrodillado para besarle una mano:

—Ming, has cuidado a Toyo como si fuera tu propia hija; con el amor con que el sol cuida a las plantas, prestándole su calor vivificante. Siempre te estaré agradecido a los desvelos que por ella has sufrido y mucho más ahora que ya Toyo es una mujer y cualquier hombre pudiera robarme el cariño de mi hija.

Al oír esto Toyo prorrumpió en estruendosas carcajadas y aumentó sus saltos por la estancia.

—¿Qué es eso, Toyo? ¡Vamos, dime qué significan todos esos aspavientos!

Ella no respondió pero fué a refugiarse mimosamente en el pecho de su padre, sentándose en sus rodillas. Por fin, exclamó, ruborosa:

—Es que tengo un secreto que confiarle.

—¿Un secreto? Bien, dímelo todo. Confíame ese secreto.

Vaciló la joven un momento, mas decidióse al fin.

—¡Padre, estoy enamorada!

—¡Enamorada!...

El rostro del cazador anublóse repentinamente, como si aquella declaración de su hija entrañase tenebrosas perspectivas.

—¡Papá! ¿Qué tienes, qué te ocurre? Se te ha demudado el color.

—No es nada. Toyo, tranquilízate—y agregó,

tras una pausa—: Hija mía, toda mi vida la he consagrado a hacerte feliz, muy feliz, y quisiera que siempre lo fueras como lo has sido hasta el momento presente... pero ahora temo por ti... tengo miedo.

Toyo lo abrazó y estampó dos besos sonoros en su curtido rostro.

—Si tú le conocieras no tendrías esos temores, papá. ¡Es tan bueno!... Sólo hay un hombre que pueda comparársele: tú.

En el umbral apareció Bobby.

—Es ése... el hombre de quien te hablaba—exclamó sorprendida Toyo—. ¡Ese es Bobby, mi novio, papá!

El joven avanzó decidido, con asombro del cazador de tigres.

—¿Tengo el honor de hablar con Mr. Haines? —inquirió.

—Efectivamente—respondió éste con aspereza.

—Espero que no será necesaria esta carta para ganar su simpatía, Mr. Haines.

El cazador tomó el sobre que le brindaba Bobby y leyó rápidamente el pliego que contenía. Su ceño se desarrugó y al terminar la lectura le tendió la mano al joven, a tiempo que decía:

—De modo que usted es el hijo de Ned Bailey?

—Ciertamente.

—Su padre y yo somos antiguos conocidos. Desde hace veinte años vengo sirviéndole fieras para sus circos. La partida de tigres que me pide ahora llegará, probablemente, dentro de un par de días. Son unos ejemplares magníficos. Usted podrá escogerlos, pues supongo que a eso ha venido usted.

—Bien, sí; a eso vine. Pero lo que me ha retenido aquí aguardándole a usted, tan lejos de Singapore, no ha sido el deseo de escoger por mí mismo las fieras que mi padre va a adquirir, sino...

—¿Sino qué?—ayudó Haines a Bobby al notar su turbación.

—Sino el amor que le profeso a su hija Toyo.

—¡Ah!—hizo como asombrado—. De modo que usted pretende el amor de mi hija; y ella, ¿le corresponde?

Toyo bajó la mirada al suelo.

—Sí, Mr. Haines. Y sólo esperamos de usted su consentimiento para casarnos.

—Muy aprisa va usted, joven. Primero haga usted méritos para conseguirla y entonces no tendré inconveniente en aceptarle a usted como hijo.

Toyo, loca de alegría, abrazóse de nuevo al cuello de su padre y repitió sus besos y zalamerías.

Cuando Bobby hubo marchado, ella pidió su opinión a su padre respecto al joven.

—Es bueno, es guapo y muy cariñoso—argüía como razón suprema Toyo.

—De todas maneras—expresó su padre—, no me gusta. No puedo confiar tu felicidad a un hombre que ignora lo que son los sufrimientos. Bobby, hijo único de Bailey, ha sido educado en el cariño de su padre, que lo ha atendido con demasiado mimo, y su alma no se ha templado en el yunque de las penas y los padecimientos y jamás sabría mostrarse con el valor necesario ante los embates de la vida.

II

El sacerdote cristiano de la pequeña ciudad, gran amigo de Haines, conversaba con éste. Su platicar tenía visos de confesión. Como un caso de conciencia, Haines habíale expuesto los amores de su hija con Bobby y las objeciones que él oponía.

—He sufrido tanto, padre... La traición de aquella mujer abrió un tan doloroso surco en mi corazón, que temo por la suerte de mi hija. No quisiera verla expuesta a mi mismo dolor.

—Pero lo que usted ha sufrido en la vida por falta de amor no hay razón para que lo sufra Toyo también.

—Padre, no puedo olvidar todos los años de tortura que han transcurrido y no quiero que Toyo siga mi propio camino.

—Pero su hija es dichosa con su amor y no hay nada que haga presumir una traición, Haines.

—Yo también lo era, padre, en un principio, y ése fué mi error, que tantas lágrimas me ha costado.

—Ellos son felices; nada turba su amor.

Y era verdad. Día tras día, Haines veía con miedo creciente que Toyo era más dichosa cada vez con su naciente amor.

Los recuerdos lejanos de amorosas traiciones

eran el obstáculo que él interponía en la pasión de su hija. Mas un lance inesperado vino a desmoronar esos obstáculos, que en el fondo adolorían su conciencia.

Hallándose los dos enamorados en el anchuroso patio central de la vivienda, que era como un hall sumuoso, abierto a la esplendente luz del cielo asiático, uno de los ferores tigres recién traídos de la selva, aprovechando un descuido de un criado a la hora de la comida, había huído de su jaula y hecho irrupción en aquel lugar.

Al advertir la presencia de la fiera, que avanzaba hacia ellos, Bobby, cogiendo una banqueta, se interpuso entre la bestia y su amada, sirviéndole a ésta de escudo.

—¡No te muevas!—ordenó a Toyo y adelantó decidido y cauteloso, llevando como salvaguardia la banqueta, para intentar acorralar a la fiera.

Toyo no pudo soportar aquella escena y, dando un alarido, se desmayó.

Aquel grito de su hija atrajo a Haines, que, haciéndose inmediatamente cargo de la situación, se presentó rápido y, arrebatando a Bobby su improvisada arma defensiva, le gritó:

—¡Llévatela!

El joven tenía a la inerte Toyo en sus brazos y escapó con ella hacia el piso superior, mientras Haines, imponiéndose a la fiera, lograba hacerla retroceder hasta buscar refugio en su propia jaula.

—Eres digno de ser el esposo de mi hija, Bobby—dijo lacónicamente al regresar junto a los enamorados, estrechando fuertemente la mano del muchacho.

Pocos días después, Bobby se disponía a partir

hacia Singapore para hacer entrega a su padre de los tigres adquiridos. Haines le acompañaba hasta Saigon, para reexpedir desde allí la mer-



La sirena del buque se dejó oír, apremiante.

cancia—que había de ser conducida hasta este puerto por vía fluvial—a su lugar de destino.

Toyo había acudido al reducido muelle de Vientiane a despedirlos.

—No te entristezcas, mujer—la recomendaba su novio—. ¿Por qué estás tan pensativa?

—¡Está tan lejos Singapore y estaré tanto tiempo sin verte, que tiembla a la idea de este viaje!

—¡Bah! Solamente emplearé el tiempo necesa-

rio para llegar, entregar los tigres a mi padre y regresar junto a mi Toyo.

La sirena del buque se dejó oír, apremiante.

—Vamos—les gritó Haines—. ¿No oís que la sirena está dando el último aviso para la partida del vapor?

Y echó a andar para no ver cómo los dos enamorados se ocultaban tras unos fardos para besarse largamente.

III

Producto mezclado de dos razas dispares: con la amoralidad del complicado Oriente y la perver-
sión de la escoria blanca de Singapore, Madame de Silva ofrecía un atractivo tenebroso e irre-
sistible.

Bobby había venido observando toda la tarde sobre la cubierta del buque, tendida ella indolentemente en su butaca, contemplando, extática, con sus bellos ojos oblicuos, fascinadores, la diafanidad del cielo.

Un pretexto cualquiera le sirvió para abordarla por señas y quedó gratamente sorprendido al ver que ella le respondía en inglés.

—¡Oh, qué grata sorpresa que hable usted mi idioma! ¡Y yo, que estaba tratando de hacerme comprender por señas!

—No tengo casi nunca ocasión de hablar inglés, caballero, y muchas veces he sentido la afi-

ranza de otros tiempos en que había de expresarme en este idioma. Desearía, pues, que conversáramos en su lengua.

—Con mucho gusto, señorita...

—Señora—rectificó ella—. Llámeme usted Madame de Silva.

Transcurrió la tarde como un soplo para Bobby, sumido en la alterna contemplación del paisaje de ensueño que se deslizaba a ambos lados del río, y la de aquella enigmática mujer, cuya extraña belleza de mestiza le atraía de un modo irresistible.

Y cuando llegaron las sombras tenebrosas de la noche oriental, les sorprendieron en éxtasis delicioso unos rugidos feroces mezclados a una extraña gritería. Provenían de unas barcazas que corrían río abajo, conduciendo fieras enjauladas, y cuyos tripulantes, indígenas todos ellos, saludaban con sus chillidos al vapor, que les adelantaba.

—¡Tigres! — exclamó ella, asomándose a la borda.

—Sí, esos tigres son para mi padre. En Saigón embarcaré con ellos en el "Formosa" y en Singapores hallaré a mi padre, quien los transportará a Europa.

—¡Qué coincidencia! Yo también salgo en el "Formosa" para Singapores.

—¡Oh, qué felicidad! Así no dejaré de admirar en la larga travesía su rostro y su figura adorables.

Alguien vino a interrumpirles. Era Haines, que venía en busca de Bobby, inquieto por su ausencia. Al notar a Madame de Silva tuvo un momento de asombro.

—Madame de Silva, tengo el honor de presentarle a Mr. Haines...

Y ante el estupor de Bobby, el cazador volvió las espaldas, desapareciendo por donde llegó.

El joven se disculpó:

—Lamento mucho que haya procedido con tan poca galantería y le presento mis excusas por ello, señora.

Ella atajóle con una pregunta:

—¿Hace tiempo que conoce usted a ese hombre?

—Es mi futuro padre político. Voy a casarme con su hija Toyo.

—¡Ah!... Eso es altamente simpático. Hábaleme de esa muchacha—rogó ella con la más envolvente de sus sonrisas.

Y cuando Bobby hubo satisfecho su curiosidad, la vió reconcentrarse, torva la mirada, para sonreír luego, enigmática.

Bobby la miraba inquieto. Observábala detenidamente y creía encontrar en su rostro, visto hoy por primera vez, rasgos de él muy conocidos.

—¡Es raro!—exclamó—. Se diría que la conozco a usted de toda la vida.

—¡Ja, ja! No es posible. Ustedes los hombres siempre *creen conocer de toda la vida* a la primera mujer bella que encuentran.

—No, no. Sus ojos me son familiares, como si me hubieran mirado muchas veces antes de ahora.

* * *

Como la mansa corriente del río, se deslizaban suaves las horas al compás de las extrañas melodías orientales que brotaban de la exótica cítara que tañía la doncella de Madame de Silva. Esta mujer odiaba la maldad de su ama, su corazón perverso, y, advertida de la seducción que ejercía sobre Bobby, habíale puesto sobre aviso aquella misma noche a Haines del peligro que el mozo corría.

—Es cruel como el tigre—le había dicho—. El muchacho irá a sus garras como un cordero. ¡Llévatelo antes que sea tarde!

En la salita inmediata al camarote de ella, el aire era tibio y perfumado por la brisa, que traía diluida la esencia del jazmín, la flor de loto y el moghra, recogida en las riberas cercanas.

—Noches de Oriente, llenas de una fascinación desconocida para los hombres fríos y positivos de Occidente!—comentaba la fascinadora.

—Esta noche templada hace revivir en mí el encanto de los poemas de Kipling, que leía en mi infancia. ¡Te amo como amo tu Oriente enervador!

—Quiero que mi Oriente sea tu Oriente y que le ames como yo le amo.

Brindábale una taza de aromático té que él despreció por besarla en un hombro. Ella hizo un movimiento que él interpretó como de desagrado.

—¡No debí hacerlo! Perdóname...

—Vete, vete ahora!...—le dijo como una súplica.

El joven, desconcertado, había quedado inmóvil en un extremo de la estancia. La doncella de Madame de Silva se le acercó y le susurró al oído:

—¡Es mejor que se vaya ahora! ¡Por favor, aléjese en seguida!

Bobby dudó aún, pero luego, tomando una determinación energica, en virtud de aquellas palabras, despidióse y marchó.

Madame de Silva le vió desaparecer con una sonrisa de triunfo en sus labios seductores.

—Puedes retirarte a descansar, Naya—ordenó a su doncella—. No es necesario que vengas a mi camarote esta noche.

—¡Tú!

—Sí, no te asombres: yo—dijo Haines serenamente.

Madame de Silva se tranquilizó al verle tan ecuánime.

—Eres el mismo; no has cambiado nada... apenas unos rasguños más en tu piel de viejo lobo.

—Yo soy el mismo... y tú, ¡tampoco has cambiado con los años! Tu alma sigue siendo tan perversa como entonces. Pero esta vez no has de salirte con la tuya.

—¡Bah!...

—¡Oyeme bien! Ese muchacho va a casarse con mi hija.

—Es posible... ¿Y qué?

—Ya has perdido a bastantes hombres. A ése vas a dejarlo en paz.

—No lo creas. Ese muchacho me gusta.

Llamaron con los nudillos a la puerta del camarote.

—¡El!

—Perfectamente. Ahora mismo vas a terminar con él... Mientras yo estoy aquí, oculto tras la puerta. Abre.



—¡Haines! ¿Qué significa esto?

Obedeció ella y entró Bobby.

—No cierras esa puerta—ordenó al muchacho Madame de Silva, y agregó:— Dime: ¿por qué has venido aquí?

—No sé... Estaba mirando las estrellas y en todas ellas veía tus ojos indefinibles que me atraían.

—¿Estás seguro que eran mis ojos los que te atraían? ¿No te indujo nadie a venir?

—¿Por qué preguntas eso?

No le dié tiempo a ella para responder. El cazador había salido de su escondrijo y se hallaba frente a Bobby.

—¡Haines! ¿Qué significa esto?

—¡Miserable!—exclamó Haines.

—Ya sabes que es algo más que el temor a la ley lo que me impide matarte!

Y le asestó tan terrible golpe bajo la mandíbula, que el joven cayó al suelo desvanecido.

IV

Cuando recobró el conocimiento se halló en plena selva, junto a una fogata. A pocos pasos, Haines le contemplaba, sombrío.

Mil rumores siniestros poblaban el espacio en la noche tenebrosa.

—¿Por qué estamos aquí?—preguntó airado al cazador.

—¡Porque quiero!

—¡Está usted loco! ¿Por qué me ha sacado del barco para pernoctar en medio de la selva?

El rugido de un tigre se dejó oír cercano. Bobby se atemorizó.

—¡Usted no tiene derecho a jugar con mi vida de esta manera!—increpó a Haines.

—Prefiero que te lleve un tigre antes que esa mujer.

—¡Caramba! ¡Parece que le tiene usted miedo!

Haines no respondió y Bobby interpretó su silencio como una aseveración.

—He debido comprenderlo antes. Entre Madame de Silva y usted ha debido existir alguna relación en otro tiempo. Ahora me explico su descortesía al presentársela.

—¡Sí, ha existido!—saltó Haines—. Era mi mujer... y es la madre de Toyo.

—¡Ah!

—La conocí demasiado tarde—prosiguió el cazar de tigres su revelación—. Tenía la belleza y la crueldad de las razas malditas... y cuando Toyo era aún muy niña, se marchó de nuestro lado para siempre, siguiendo su camino de maldades e ignominias.

—¡Ah, perdóname! No comprendo qué extraño atractivo tuvo sobre mí. ¡Debí estar loco!

—Tú no tuviste la culpa, Bobby. Ahora sólo te suplico una cosa: He mantenido en Toyo el culto de su madre. ¡Que ella no sepa nunca nada de todo esto!

• • • • • ,
Días más tarde, ambos hombres se encontraban en Saigon, esperando embarcar los tigres con rumbo a Singapore. Bobby había de emprender también este viaje.

—Tengo confianza en tu amor por Toyo, Bobby. Pero daría cualquier cosa para que no viajaras con esa mujer—advertíale al joven el cazar el día de la partida.

—He decidido no hacerlo. Regreso con usted junto a Toyo. Escribí esta mañana a mi padre notificándoselo y uno de mis criados que va con los tigres le llevará la carta.

V

Al entrar en la casa, les sorprendió ver a Ming, la vieja criada, rezando una extraña oración ante un altar de Buda que Haines tenía como ornato de su vivienda.

—¡Espíritus de los antepasados! —decía—. Guardad esta casa con vuestras sombras protectoras. ¡El demonio ha entrado en ella!

Al ver a su amo, escapó corriendo.

—¿A qué demonio se refería esta vieja loca? —dijo Haines riendo.

Toyo llegó corriendo, loca de contento, y abrazó por igual a su padre y a su novio. Vestía un traje a la europea, cosa que extrañó a los dos hombres, pues la muchacha acostumbraba vestir siempre al uso del país.

—Papá, estoy muy contenta. ¡Tengo una gran sorpresa para ti!

Corrió a la inmediata estancia, reapareciendo trayendo de su mano a Madame de Silva.

—¡Ah!—exclamaron los dos hombres, mirándose asombrados.

La maldita llegóse hasta Haines en demanda de perdón y Toyo les obligó a abrazarse.

—Cuando llegó a mis oídos que mi hija Toyo iba a casarse creí que era mi deber venir a su lado.

—¡Cuánto ha debido sufrir mi pobre madre

separada de nosotros!—intervino Toyo—. Me ha referido que todas las noches lloraba por nosotros.

—Lo creo—dijo enigmático Haines.

—Los años transcurridos han sido crueles conmigo—declaró, hipócrita, la malvada—. Nunca he dejado de pensar en nuestra hija y en ti... Estoy dispuesta a olvidar todo el pasado y a perdonar todas las equivocaciones que nos han tenido separados.

Toyo observó el gesto duro de su padre y le advirtió:

—¡Padre mío, por favor! ¡Sería tan desgraciada si volviese a separarme de mi madre!

—Bien, Toyo; déjanos un momento. Tu madre y yo tenemos que hablar a solas.

La joven se alejó, en compañía de su prometido.

Cuando estuvieron solos, Haines habló:

—¡A mí no puedes engañarme! ¡Vas a salir inmediatamente de esta casa, sin que tu hija comprenda los motivos de tu estancia en ella!

—¿Y quién me va a obligar a marcharme?

—Yo.

—Por lo visto, te has olvidado de que ese hombre es mío, Haines. Si me obligas a irme me lo llevaré contigo.

—Escúchame. Desde que dejé de amarte, sólo he vivido para hacer la felicidad de Toyo. ¡Si pretendes hacerla desgraciada, no respondo de mí mismo! Bien, y ahora, que nada sospeche la infeliz.

Juntos, emprendieron el camino de las habitaciones del piso superior.

Atravesaron por delante de un magnífico ejem-

plar de gorila, encerrado en una jaula de fuertes barrotes de hierro. El animal, al ver a la mujer, enfurecióse.

—¿Todavía tienes a Bangho?—preguntó ella—. ¿Se acuerda de mí?

—¡Sí! Los gorilas no olvidan a quienes los martirizan.

—¡Vigílela! No ha dejado de querer al muchacho blanco.

Haines agradeció aquella advertencia de la doncella de su mujer.

VI

La noche de la participación oficial de la boda de Toyo y Bobby, Haines reunió en su casa a la mejor sociedad de Vien-Tiane, tanto extranjera como indígena.

Las amigas de Toyo hallábanse deseosas de conocer a su madre, a quien la joven no cesaba de alabar.

La aparición de ambas causó sorpresa entre los invitados.

Al notar Toyo cómo admiraban a su madre, la dijo:

—Mira cómo te admirán, por bella, madre. ¡Eres muy bella, tan bella como el amor!

Se celebró un banquete opíparo. A la cabecera de la mesa se sentaron los prometidos.

—Bobby y yo somos los seres más felices del mundo en este momento—declaró Toyo.

Bobby mostrábase inquieto. La presencia de la subyugadora le conturbaba.



Y el beso de la infame al muchacho...

Al finalizar la comida, los padres de la muchacha abrazaron y besaron a los futuros esposos. Y el beso de la infame al muchacho, en plena boca, fué largo, largo, absorbente, como queriendo aspirar en él toda la voluntad del joven.

—Se ha puesto encarnado cuando le he besado, ¿verdad?—comentó ella riendo con Toyo y añadió: Hija mía, te felicito. Tu novio me gusta mucho.

Bobby había quedado pensativo, alejado de todos.

—¿Qué te pasa, Bobby?—vino a preguntarle Toyo.

—Nada, mujer.

—Ya lo comprendo. Te has sofocado porque mi madre te besó, ¿no es eso, tonto?

Y reía, inconsciente de la tormenta espiritual que el muchacho atravesaba.

* * *

—Pero, padre, si Bobby me quiere, ¿por qué ha dejado de venir a verme?

—No sé, hija mía, no sé. Alguna ocupación le retendrá alejado de ti.

Pero Haines sí sabía; sabía desgraciadamente la dolorosa verdad. Había interceptado varias cartas que Madame de Silva enviaba a Bobby por mediación de su doncella y que ésta entregaba al cazador en lugar de hacerlo a su destinatario.

Y también Toyo conoció en toda su magnitud su desdicha al sorprender en el "hall" a su madre conversando con Bobby. El muchacho, que acababa de llegar, increpaba airadamente a Madame de Silva:

—Pero, por qué no te vas de una vez, maldita? ¿Por qué no te ha arrojado ya Haines de su casa?

—Porque sabe que si yo me fuera tú vendrías tras de mí...

Sus brazos, como dos serpientes malditas, rodearon el cuello de Bobby y fundió su boca en la del mozo.

—¡Es una locura querer luchar con el amor, Bobby! Esta noche saldremos para Saigon. Luego iremos a París, a vivir solos con nuestro amor.

Toyo quiso ocultarle a su padre su congoja, pero al verse junto a él, aunque quiso fingir alegría, no pudo y su angustia hizo explosión en copioso llanto.

—No puedo más, padre mío! ¡Parece que el pecho me va a estallar! Soy muy desgraciada.

—¿Qué tienes, Toyo mía? Dime qué motiva tu desgracia.

Toyo no tuvo valor para confesar su desdicha enorme y mintió.

—El silencio de Bobby me mata.

—¡Bah!, no seas niña. El vendrá en cuanto solvente sus asuntos.

Sonó insistente, por tercera vez, la sirena de un buque.

Haines penetró en el cuarto en que tenía encerrada, prisionera, a la traidora

—El barco ha salido ya y Bobby iba en él.

—Estarás satisfecho, ¿no?

—¡No te interesa! Cuando él llegue al lado de su padre, tú saldrás de aquí para no volver en tu vida.. Y te marcharás, sin que Toyo sepa que viniste aquí a robarle el hombre que ella ama.

—¡Estúpido! ¿Crees que me interesa algo la opinión de Toyo? ¡Qué me importa a mí lo que esa chiquilla piensa de mí, ni qué me importa a mí de todos vosotros! Yo he de conseguir lo que quiero, a pesar tuyo y a pesar de ella!

Un grito de Toyo les sobrecogió. La muchacha había escuchado las crueles palabras de su ma-

dre tras la puerta y al conocer en toda su miserable hediondez aquella alma perversa, le faltaron las fuerzas y se desmayó.

—¡Toyo, Toyo.. hija mía!—gimió Haines al verla inmóvil, y volviéndose a su mujer—: Durante todos estos años, le he escondido piadosamente la verdadera naturaleza de su madre. Ahora tú misma te has revelado ante ella con toda tu inhumana crueldad.

Toyo abrió los ojos.

—¿Y eres tú.. mi madre?—dijo—. ¡Mi madre... mi Bobby!..

El muchacho acababa de aparecer en el umbral. Había esperado en vano a la perversa en el muelle y en esta espera había tenido tiempo de reflexionar y arrepentirse.

—¡Bobby!—le dijo la joven, desolada—. ¡Mi corazón sólo ansía que seas dichoso, muy dichoso!

—Toyo, perdóname; estaba loco. En ella sólo te amaba a ti y no lo supe ver hasta ahora.

La cruelísima se le acercó y le dijo sarcásticamente:

—Te estaba esperando.

Y se alejó de ellos.

Del fondo de la galería se oyó el crujir de astillas rotas y de puertas que se derrumbaban.

—Llévate a Toyo!—aulló Haines junto a Bobby—. ¡El gorila se ha escapado!

Efectivamente, la bestia salvaje había logrado huir de su jaula y se dirigía al lugar por donde desapareciera Madame de Silva.

—¡Ah!... — exclamó el cazador precipitándose tras el feroz animal.

Un grito desgarrador, de muerte, acababa de sonar en la estancia donde la pérflida entrara.

VII

Haines conocía la gravedad de las heridas que recibiera en la lucha sostenida con el colosal gorila para arrancarle inútilmente su presa. Pero



—Papá, pronto curarás...

mostróse enérgico el día de la boda y ordenó se le transportase en un sillón a presenciar la ceremonia.

—Padre—había suplicado al sacerdote—, tan pronto termine la ceremonia llévelos al barco.

Y ahora, consumada la boda, los recién casados habían venido a su lado a despedirse para su viaje de novios.

—Sed muy felices, hijos míos.

—Papá, pronto curarás y te reunirás con nosotros—dijo Toyo, emocionada.

—Sí, Toyo, pronto estaré junto a vosotros para no abandonarlos jamás... Pero corred; es tarde y el vapor se escapa.

Besos y abrazos nerviosos, apresurados.

Haines les vió partir, dichoso. Sus ojos dejaron escapar dos lágrimas de felicidad y se cerraron para siempre... Sonrefa...

F I N

Gran éxito de

La Novela Eva

Publicación semanal de novelas modernas

Mañana aparecerá, la magnífica novela en 20 cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Inmejorable presentación

Portada a colores

Ilustraciones en el texto,
ameno y nutritivo

1 cuaderno semanal
los jueves

Precio: 25 céntimos

Se admiten suscripciones

¡La mejor novela del año!

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El Conde de Montecristo

La mujer ligera

Vírgenes modernas

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

Precio: 1 peseta



|||
EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA
|||

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
|||

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1
|||

E
B

Tipografia Barcelona
Aribau, 206 - Teléf. 75087
BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 451

25 CTS.



Oriente

POR
Lon Chaney
Lupe Vélez
Lloyd Hughes

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: | **Pasaje de la Paz, 10 bis**
Francisco - Mario Bistagne | TELÉFONO 18551

Año VIX BARCELONA N.º 451

ORIENTE

Emocionante cinedrama interpretado por

Lon Chaney

Lupe Vélez

Estelle Taylor

Lloyd Hughes



Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuída por

Metro-Goldwyn-Mayer Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

HENRY STUART

Oriente

Argumento de la película

I

La selva de Laos, emplazada en el límite de Siam y la Indochina del Norte y conservada en toda su augusta virginidad salvaje, era el campo de operaciones de Haines, el cazador de tigres; su coto de caza favorito, en donde nunca faltábanle piezas que cobrar.

¡Y qué piezas!

Los más fieros y hermosos tigres de la selva eran diestramente apresados vivos por Haines con sus trampas y añagazas, y más de una vez el arriesgado cazador había sentido la poco grata caricia de sus zarpas en su piel, de las cuales conservaba, como vivo recuerdo, hondas cicatrices en todo su cuerpo, y especialmente en el rostro.

Haines era el proveedor de fieras más solicitado por los domadores de los mejores circos

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

mundiales, y para atender las frecuentes demandas veíase precisado a ausentarse de su casa por largas temporadas.

Tenía su hogar el cazador en Vien-Tiane, pintoresca ciudad del Sur, acariciada por las frescas aguas del río Mekong, y en la cual, aunque gobernada por las autoridades francesas, manteníanse puros los usos y costumbres orientales.

Toda la familia de Haines y todos sus afectos los constituía su única hija, Toyo, bella joven de diez y ocho años, crecida y educada en aquel ambiente de civilización mixta con una educación mitad de Oriente, mitad occidental.

Durante una de las prolongadas ausencias de su padre, Toyo había conocido a un muchacho extranjero llamado Bobby Bailey, llegado a Vien-Tiane comisionado por su padre, antiguo cliente de Haines, para escoger varios tigres con destino a los circos de su propiedad, quien, al no hallar al cazador en su domicilio, decidió esperar su regreso en la pequeña ciudad en lugar de reintegrarse a Singapore, atraído por la belleza y el encanto de la muchacha, a la cual declaró su amor, siendo correspondido por Toyo.

Y ahora ambos esperaban el regreso de Haines con ansiedad para que éste sancionase, con su indudable aquiescencia, aquellos amores.

Un amanecer, ambos enamorados contemplaban embelesados la salida del sol. Sus rayos nacientes alumbraban la frente de una imagen del dios Buda.

—¡Mira, Bobby! El sol besa ya la frente del gran Buda—decía Toyo—. Ahora es el momento de pedirle lo que uno desea.

—Y cuál es tu deseo ahora, Toyo?

—Bobby, yo quiero que mi padre regrese de la selva sin que nada le haya ocurrido y consienta en nuestro amor.



... todos sus afectos los constituía su única hija, Toyo...

—Yo sólo deseo pedirle una cosa a tu Buda: ¡Que te haga mi mujer!

—El dios atenderá nuestros ruegos, Bobby. Tengo el presentimiento de que mi padre ha de volver muy pronto, quizá hoy mismo.

—Tú crees que tu padre verá gustoso nuestras relaciones?

—Oh, no tengo duda! El me adora; yo soy su único cariño y sólo deseo complacerme con tal de hacer mi felicidad.

—Oh, Toyo, cómo te amo! ¡Ojalá no te equi-

voques en tus apreciaciones y pueda yo regresar a Singapore llevándote a mi lado!

Lento, se veía avanzar un elefante sobre el que cabalgaba un hombre, con la camisa destrozada, al aire la cabeza y repartiendo sonrisas entre las personas que cruzaban a su paso.

—¡Bobby, es mi padre! El gran Buda no me ha desoído.

Y, abandonando a su novio, Toyo partió veloz al encuentro de su padre.

—¡Toyo!—exclamó éste al divisarla, haciendo postarse al paquidermo sobre sus extremidades delanteras. Toyo aferróse a la trompa del animal, que la elevó hasta la altura de su cabeza, yendo a parar la joven en los brazos del cazador.

—¡Padre, oh qué alegría tan grande volver a verte!—pudo exclarar Toyo cuando se vió libre de los abrazos emocionados de Haines—. Mañana iré a ofrecer un rico presente al gran Buda por haberte traído sano y salvo.

El cazador sonrió.

—No tengo ninguna fe en ese mamarracho brrigón, Toyo, pero ya que tú lo quieres hazlo, y si te parece necesario también acudiré yo a hacer la ofrenda.

Al llegar a su casa, Toyo fué la primera en saltar de la pesada cabalgadura, gritando a los criados:

—Venid, venid todos. Mi padre ha regresado. ¡Ming! ¡Ming! ¡Ven en seguida!

Y arrastraba cariñosamente de la mano a la vieja doméstica, que había hecho para Toyo las veces de una madre desde su infancia.

—¡Wong! ¡Li! ¡Pierre! Venid todos. La muchacha, aturdida por la alegría inmensa

que el regreso de su padre la producía, la exteriorizaba corriendo de uno a otro lado y llamando a la servidumbre para que también participase de su contento.

—Te vas a volver loca, Toyo—dijo su padre, riendo complacido.

Y luego, volviéndose a la vieja sirvienta, que se había arrodillado para besarle una mano:

—Ming, has cuidado a Toyo como si fuera tu propia hija; con el amor con que el sol cuida a las plantas, prestándole su calor vivificante. Siempre te estaré agradecido a los desvelos que por ella has sufrido y mucho más ahora que ya Toyo es una mujer y cualquier hombre pudiera robarme el cariño de mi hija.

Al oír esto Toyo prorrumpió en estruendosas carcajadas y aumentó sus saltos por la estancia.

—¿Qué es eso, Toyo? ¡Vamos, dime qué significan todos esos aspavientos!

Ella no respondió pero fué a refugiarse mimosa en el pecho de su padre, sentándose en sus rodillas. Por fin, exclamó, ruborosa:

—Es que tengo un secreto que confiaré.

—¿Un secreto? Bien, dímelo todo. Confíame ese secreto.

Vaciló la joven un momento, mas decidióse al fin.

—¡Padre, estoy enamorada!

—¡Enamorada!...

El rostro del cazador anublóse repentinamente, como si aquella declaración de su hija entrañase tenebrosas perspectivas.

—¡Papá! ¿Qué tienes, qué te ocurre? Se te ha demudado el color.

—No es nada. Toyo, tranquilízate—y agregó,

tras una pausa—: Hija mía, toda mi vida la he consagrado a hacerte feliz, muy feliz, y quisiera que siempre lo fueras como lo has sido hasta el momento presente... pero ahora temo por ti... tengo miedo.

Toyo lo abrazó y estampó dos besos sonoros en su curtido rostro.

—Si tú le conocieras no tendrías esos temores, papá. ¡Es tan bueno!... Sólo hay un hombre que pueda comparársele: tú.

En el umbral apareció Bobby.

—Es ése... el hombre de quien te hablaba—exclamó sorprendida Toyo—. ¡Ese es Bobby, mi novio, papá!

El joven avanzó decidido, con asombro del cazador de tigres.

—Tengo el honor de hablar con Mr. Haines? —inquirió.

—Efectivamente—respondió éste con aspereza.

—Espero que no será necesaria esta carta para ganar su simpatía, Mr. Haines.

El cazador tomó el sobre que le brindaba Bobby y leyó rápidamente el pliego que contenía. Su ceño se desarrugó y al terminar la lectura le tendió la mano al joven, a tiempo que decía:

—De modo que usted es el hijo de Ned Bailey?

—Ciertamente.

—Su padre y yo somos antiguos conocidos. Desde hace veinte años vengo sirviéndole fieras para sus circos. La partida de tigres que me pide ahora llegará, probablemente, dentro de un par de días. Son unos ejemplares magníficos. Usted podrá escogerlos, pues supongo que a eso ha venido usted.

—Bien, sí; a eso vine. Pero lo que me ha retenido aquí aguardándole a usted, tan lejos de Singapur, no ha sido el deseo de escoger por mí mismo las fieras que mi padre va a adquirir, sino...

—¿Sino qué?—ayudó Haines a Bobby al notar su turbación.

—Sino el amor que le profeso a su hija Toyo.

—¡Ah!—hizo como asombrado—. De modo que usted pretende el amor de mi hija; y ella, ¿le corresponde?

Toyo bajó la mirada al suelo.

—Sí, Mr. Haines. Y sólo esperamos de usted su consentimiento para casarnos.

—Muy aprisa va usted, joven. Primero haga usted méritos para conseguirla y entonces no tendrá inconveniente en aceptarle a usted como hijo.

Toyo, loca de alegría, abrazóse de nuevo al cuello de su padre y repitió sus besos y zalamerías.

Cuando Bobby hubo marchado, ella pidió su opinión a su padre respecto al joven.

—Es bueno, es guapo y muy cariñoso comigo—argüía como razón suprema Toyo.

—De todas maneras—expresó su padre—, no me gusta. No puedo confiar tu felicidad a un hombre que ignora lo que son los sufrimientos. Bobby, hijo único de Bailey, ha sido educado en el cariño de su padre, que lo ha atendido con demasiado mimo, y su alma no se ha templado en el yunque de las penas y los padecimientos y jamás sabría mostrarse con el valor necesario ante los embates de la vida.

II

El sacerdote cristiano de la pequeña ciudad, gran amigo de Haines, conversaba con éste. Su platicar tenía visos de confesión. Como un caso de conciencia, Haines habíale expuesto los amores de su hija con Bobby y las objeciones que él oponía.

—He sufrido tanto, padre... La traición de aquella mujer abrió un tan doloroso surco en mi corazón, que temo por la suerte de mi hija. No quisiera verla expuesta a mi mismo dolor.

—Pero lo que usted ha sufrido en la vida por falta de amor no hay razón para que lo sufra Toyo también.

—Padre, no puedo olvidar todos los años de tortura que han transcurrido y no quiero que Toyo siga mi propio camino.

—Pero su hija es dichosa con su amor y no hay nada que haga presumir una traición, Haines.

—Yo también lo era, padre, en un principio, y ése fué mi error, que tantas lágrimas me ha costado.

—Ellos son felices; nada turba su amor.

Y era verdad. Día tras día, Haines veía con miedo creciente que Toyo era más dichosa cada vez con su naciente amor.

Los recuerdos lejanos de amorosas traiciones

eran el obstáculo que él interponía en la pasión de su hija. Mas un lance inesperado vino a desmoronar esos obstáculos, que en el fondo adolosían su conciencia.

Hallándose los dos enamorados en el anchuroso patio central de la vivienda, que era como un hall suntuoso, abierto a la espléndente luz del cielo asiático, uno de los feroces tigres recién traídos de la selva, aprovechando un descuido de un criado a la hora de la comida, había huído de su jaula y hecho irrupción en aquel lugar.

Al advertir la presencia de la fiera, que avanzaba hacia ellos, Bobby, cogiendo una banqueta, se interpuso entre la bestia y su amada, sirviéndole a ésta de escudo.

—¡No te muevas!—ordenó a Toyo y adelantó decidido y cauteloso, llevando como salvaguardia la banqueta, para intentar acorralar a la fiera.

Toyo no pudo soportar aquella escena y, dando un alarido, se desmayó.

Aquel grito de su hija atrajo a Haines, que, haciéndose inmediatamente cargo de la situación, se presentó rápido y, arrebatando a Bobby su improvisada arma defensiva, le gritó:

—¡Llévatela!

El joven tenía a la inerte Toyo en sus brazos y escapó con ella hacia el piso superior, mientras Haines, imponiéndose a la fiera, lograba hacerla retroceder hasta buscar refugio en su propia jaula.

—Eres digno de ser el esposo de mi hija, Bobby—dijo lacónicamente al regresar junto a los enamorados, estrechando fuertemente la mano del muchacho.

Pocos días después, Bobby se disponía a partir

hacia Singapore para hacer entrega a su padre de los tigres adquiridos. Haines le acompañaba hasta Saigon, para reexpedir desde allí la mer-



La sirena del buque se dejó oír, apremiante.

cancia—que había de ser conducida hasta este puerto por vía fluvial—a su lugar de destino.

Toyo había acudido al reducido muelle de Vientiane a despedirlos.

—No te entristezcas, mujer—la recomendaba su novio—. ¿Por qué estás tan pensativa?

—¡Está tan lejos Singapore y estaré tanto tiempo sin verte, que tiemblo a la idea de este viaje!

—Bah! Solamente emplearé el tiempo necesa-

rio para llegar, entregar los tigres a mi padre y regresar junto a mi Toyo.

La sirena del buque se dejó oír, apremiante.

—Vamos—les gritó Haines—. ¿No oís que la sirena está dando el último aviso para la partida del vapor?

Y echó a andar para no ver cómo los dos enamorados se ocultaban tras unos fardos para besarse largamente.

III

Producto mezclado de dos razas dispares: con la amoralidad del complicado Oriente y la perversion de la escoria blanca de Singapore, Madame de Silva ofrecía un atractivo tenebroso e irresistible.

Bobby habíala venido observando toda la tarde sobre la cubierta del buque, tendida ella indolentemente en su butaca, contemplando, extática, con sus bellos ojos oblicuos, fascinadores, la diafanidad del cielo.

Un pretexto cualquiera le sirvió para abordarla por señas y quedó gratamente sorprendido al ver que ella le respondía en inglés.

—¡Oh, qué grata sorpresa que hable usted mi idioma! ¡Y yo, que estaba tratando de hacerme comprender por señas!

—No tengo casi nunca ocasión de hablar inglés, caballero, y muchas veces he sentido la añ-

ranza de otros tiempos en que había de expresarme en este idioma. Desearía, pues, que conversáramos en su lengua.

—Con mucho gusto, señorita...

—Señora—rectificó ella. Llámeme usted Madame de Silva.

Transcurrió la tarde como un soplo para Bobby, sumido en la alterna contemplación del paisaje de ensueño que se deslizaba a ambos lados del río, y la de aquella enigmática mujer, cuya extraña belleza de mestiza le atraía de un modo irresistible.

Y cuando llegaron las sombras tenebrosas de la noche oriental, les sorprendieron en éxtasis delicioso unos rugidos feroces mezclados a una extraña gritería. Provenían de unas barcazas que corrían río abajo, conduciendo fieras enjauladas, y cuyos tripulantes, indígenas todos ellos, saludaban con sus chillidos al vapor, que les adelantaba.

—¡Tigres! — exclamó ella, asomándose a la borda.

—Sí, esos tigres son para mi padre. En Saigon embarcaré con ellos en el "Formosa" y en Singapore hallaré a mi padre, quien los transportará a Europa.

—¡Qué coincidencia! Yo también salgo en el "Formosa" para Singapore.

—¡Oh, qué felicidad! Así no dejaré de admirar en la larga travesía su rostro y su figura adorables.

Alguien vino a interrumpirles. Era Haines, que venía en busca de Bobby, inquieto por su ausencia. Al notar a Madame de Silva tuvo un momento de asombro.

—Madame de Silva, tengo el honor de presentarle a Mr. Haines...

Y ante el estupor de Bobby, el cazador volvió las espaldas, desapareciendo por donde llegó.

El joven se disculpó:

—Lamento mucho que haya procedido con tan poca galantería y le presento mis excusas por ello, señora.

Ella atajóle con una pregunta:

—¿Hace tiempo que conoce usted a ese hombre?

—Es mi futuro padre político. Voy a casarme con su hija Toyo.

—¡Ah!... Eso es altamente simpático. Hábleme de esa muchacha—rogó ella con la más envolvente de sus sonrisas.

Y cuando Bobby hubo satisfecho su curiosidad, la vió reconcentrarse, torva la mirada, para sonreír luego, enigmática.

Bobby la miraba inquieto. Observábalá detenidamente y creía encontrar en su rostro, visto hoy por primera vez, rasgos de él muy conocidos.

—¡Es raro!—exclamó—. Se diría que la conozco a usted de toda la vida.

—¡Ja, ja! No es posible. Ustedes los hombres siempre *creen conocer de toda la vida* a la primera mujer bella que encuentran.

—No, no. Sus ojos me son familiares, como si me hubieran mirado muchas veces antes de ahora.

* * *

Como la mansa corriente del río, se deslizaban suaves las horas al compás de las extrañas melodías orientales que brotaban de la exótica cítara que tañía la doncella de Madame de Silva. Esta mujer odiaba la maldad de su ama, su corazón perverso, y, advertida de la seducción que ejercía sobre Bobby, habíale puesto sobre aviso aquella misma noche a Haines del peligro que el mozo corría.

—Es cruel como el tigre—le había dicho—. El muchacho irá a sus garras como un cordero. ¡Llévatelo antes que sea tarde!

En la salita inmediata al camarote de ella, el aire era tibio y perfumado por la brisa, que traía diluida la esencia del jazmín, la flor de loto y el moghra, recogida en las riberas cercanas.

—!Noches de Oriente, llenas de una fascinación desconocida para los hombres fríos y positivos de Occidente!—comentaba la fascinadora.

—Esta noche templada hace revivir en mí el encanto de los poemas de Kipling, que leía en mi infancia. ¡Te amo como amo tu Oriente enervador!

—Quiero que mi Oriente sea tu Oriente y que le ames como yo le amo.

Brindábale una taza de aromático té que él despreció por besarla en un hombro. Ella hizo un movimiento que él interpretó como de desagrado.

—!No debí hacerlo! Perdóname...

—!Vete, vete ahora!...—le dijo como una súplica.

El joven, desconcertado, había quedado inmóvil en un extremo de la estancia. La doncella de Madame de Silva se le acercó y le susurró al oído:

—¡Es mejor que se vaya ahora! ¡Por favor, aléjese en seguida!

Bobby dudó aún, pero luego, tomando una determinación enérgica, en virtud de aquellas palabras, despidióse y marchó.

Madame de Silva le vió desaparecer con una sonrisa de triunfo en sus labios seductores.

—Puedes retirarte a descansar, Naya—ordenó a su doncella—. No es necesario que vengas a mi camarote esta noche.

—¡Tú!

—Sí, no te asombres: yo—dijo Haines serenamente.

Madame de Silva se tranquilizó al verle tan ecuánime.

—Eres el mismo; no has cambiado nada... apenas unos rasguños más en tu piel de viejo lobo.

—Yo soy el mismo... y tú, ¡tampoco has cambiado con los años! Tu alma sigue siendo tan perversa como entonces. Pero esta vez no has de salirte con la tuya.

—¡Bah!...

—¡Oyeme bien! Ese muchacho va a casarse con mi hija.

—Es posible... ¿Y qué?

—Ya has perdido a bastantes hombres. A ése vas a dejarlo en paz.

—No lo creas. Ese muchacho me gusta.

Llamaron con los nudillos a la puerta del camarote.

—¡El!

—Perfectamente. Ahora mismo vas a terminar con él... Mientras yo estoy aquí, oculto tras la puerta. Abre.



—¡Haines! ¿Qué significa esto?

Obedeció ella y entró Bobby.

—No cierras esa puerta—ordenó al muchacho Madame de Silva, y agregó:— Dime: ¿por qué has venido aquí?

—No sé... Estaba mirando las estrellas y en todas ellas veía tus ojos indefinibles que me atraían.

—¿Estás seguro que eran mis ojos los que te atraían? ¿No te indujo nadie a venir?

—¿Por qué preguntas eso?

No le dió tiempo a ella para responder. El cazador había salido de su escondrijo y se hallaba frente a Bobby.

—¡Haines! ¿Qué significa esto?

—¡Miserable!—exclamó Haines.

—Ya sabes que es algo más que el temor a la ley lo que me impide matarte!

Y le asentó tan terrible golpe bajo la mandíbula, que el joven cayó al suelo desvanecido.

IV

Cuando recobró el conocimiento se halló en plena selva, junto a una fogata. A pocos pasos, Haines le contemplaba, sombrío.

Mil rumores siniestros poblaban el espacio en la noche tenebrosa.

—¿Por qué estamos aquí?—preguntó airado al cazador.

—Porque quiero!

—Está usted loco! ¿Por qué me ha sacado del barco para pernoctar en medio de la selva?

El rugido de un tigre se dejó oír cercano. Bobby se atemorizó.

—Usted no tiene derecho a jugar con mi vida de esta manera!—increpó a Haines.

—Prefiero que te lleve un tigre antes que esa mujer.

—¡Caramba! ¡Parece que le tiene usted miedo!

Haines no respondió y Bobby interpretó su silencio como una aseveración.

—He debido comprenderlo antes. Entre Madame de Silva y usted ha debido existir alguna relación en otro tiempo. Ahora me explico su descortesía al presentársela.

—¡Sí, ha existido! —saltó Haines—. Era mi mujer... y es la madre de Toyo.

—¡Ah!

—La conocí demasiado tarde—prosiguió el cazar de tigres su revelación—. Tenía la belleza y la crueldad de las razas malditas... y cuando Toyo era aún muy niña, se marchó de nuestro lado para siempre, siguiendo su camino de maldades e ignominias.

—¡Ah, perdóname! No comprendo qué extraño atractivo tuvo sobre mí. ¡Debí estar loco!

—Tú no tuviste la culpa, Bobby. Ahora sólo te suplico una cosa: He mantenido en Toyo el culto de su madre. ¡Que ella no sepa nunca nada de todo esto!

• • • • •
Días más tarde, ambos hombres se encontraban en Saigon, esperando embarcar los tigres con rumbo a Singapore. Bobby había de emprender también este viaje.

—Tengo confianza en tu amor por Toyo, Bobby. Pero daría cualquier cosa para que no viajaras con esa mujer—advertíale al joven el cazar el día de la partida.

—He decidido no hacerlo. Regreso con usted junto a Toyo. Escribí esta mañana a mi padre notificándoselo y uno de mis criados que va con los tigres le llevará la carta.

V

Al entrar en la casa, les sorprendió ver a Ming, la vieja criada, rezando una extraña oración ante un altar de Buda que Haines tenía como ornato de su vivienda.

—¡Espíritus de los antepasados! —decía—. Guardad esta casa con vuestras sombras protectoras. ¡El demonio ha entrado en ella!

Al ver a su amo, escapó corriendo.

—¿A qué demonio se refería esta vieja loca? —dijo Haines riendo.

Toyo llegó corriendo, loca de contento, y abrazó por igual a su padre y a su novio. Vestía un traje a la europea, cosa que extrañó a los dos hombres, pues la muchacha acostumbraba vestir siempre al uso del país.

—Papá, estoy muy contenta. ¡Tengo una gran sorpresa para ti!

Corrió a la inmediata estancia, reapareciendo trayendo de su mano a Madame de Silva.

—¡Ah! —exclamaron los dos hombres, mirándose asombrados.

La maldita llegóse hasta Haines en demanda de perdón y Toyo les obligó a abrazarse.

—Cuando llegó a mis oídos que mi hija Toyo iba a casarse creí que era mi deber venir a su lado.

—¡Cuánto ha debido sufrir mi pobre madre

separada de nosotros!—intervino Toyo—. Me ha referido que todas las noches lloraba por nosotros.

—Lo creo—dijo enigmático Haines.

—Los años transcurridos han sido crueles conmigo—declaró, hipócrita, la malvada—. Nunca he dejado de pensar en nuestra hija y en ti... Estoy dispuesta a olvidar todo el pasado y a perdonar todas las equivocaciones que nos han tenido separados.

Toyo observó el gesto duro de su padre y le advirtió:

—¡Padre mío, por favor! ¡Sería tan desgraciada si volviese a separarme de mi madre!

—Bien, Toyo; déjanos un momento. Tu madre y yo tenemos que hablar a solas.

La joven se alejó, en compañía de su prometido.

Cuando estuvieron solos, Haines habló:

—¡A mí no puedes engañarme! ¡Vas a salir inmediatamente de esta casa, sin que tu hija comprenda los motivos de tu estancia en ella!

—¿Y quién me va a obligar a marcharme?

—Yo.

—Por lo visto, te has olvidado de que ese hombre es mío, Haines. Si me obligas a irme me lo llevaré conmigo.

—Escúchame. Desde que dejé de amarte, sólo he vivido para hacer la felicidad de Toyo. ¡Si pretendes hacerla desgraciada, no respondo de mí mismo! Bien, y ahora, que nada sospeche la infeliz.

Juntos, emprendieron el camino de las habitaciones del piso superior.

Atravesaron por delante de un magnífico ejem-

plar de gorila, encerrado en una jaula de fuertes barrotes de hierro. El animal, al ver a la mujer, enfurecióse.

—¡Todavía tienes a Bangho?—preguntó ella—. ¡Se acuerda de mí?

—¡Sí! Los gorilas no olvidan a quienes los martirizan.

—¡Vigílela! No ha dejado de querer al muchacho blanco.

Haines agradeció aquella advertencia de la doncella de su mujer.

VI

La noche de la participación oficial de la boda de Toyo y Bobby, Haines reunió en su casa a la mejor sociedad de Vien-Tiane, tanto extranjera como indígena.

Las amigas de Toyo hallábanse deseosas de conocer a su madre, a quien la joven no cesaba de alabar.

La aparición de ambas causó sorpresa entre los invitados.

Al notar Toyo cómo admiraban a su madre, la dijo:

—Mira cómo te admirán, por bella, madre. ¡Eres muy bella, tan bella como el amor!

Se celebró un banquete opíparo. A la cabecera de la mesa se sentaron los prometidos.

—Bobby y yo somos los seres más felices del mundo en este momento—declaró Toyo.

Bobby mostrábase inquieto. La presencia de la subyugadora le conturbaba.



Y el beso de la infame al muchacho...

Al finalizar la comida, los padres de la muchacha abrazaron y besaron a los futuros esposos. Y el beso de la infame al muchacho, en plena boca, fué largo, largo, absorbente, como queriendo aspirar en él toda la voluntad del joven.

—Se ha puesto encarnado cuando le he besado, ¿verdad?—comentó ella riendo con Toyo y añadió: Hija mía, te felicito. Tu novio me gusta mucho.

Bobby había quedado pensativo, alejado de todos.

—¿Qué te pasa, Bobby?—vino a preguntarle Toyo.

—Nada, mujer.

—Ya lo comprendo. Te has sofocado porque mi madre te besó, ¿no es eso, tonto?

Y reía, inconsciente de la tormenta espiritual que el muchacho atravesaba.

* * *

—Pero, padre, si Bobby me quiere, ¿por qué ha dejado de venir a verme?

—No sé, hija mía, no sé. Alguna ocupación le retendrá alejado de ti.

Pero Haines sí sabía; sabía desgraciadamente la dolorosa verdad. Había interceptado varias cartas que Madame de Silva enviaba a Bobby por mediación de su doncella y que ésta entregaba al cazador en lugar de hacerlo a su destinatario.

Y también Toyo conoció en toda su magnitud su desdicha al sorprender en el "hall" a su madre conversando con Bobby. El muchacho, que acababa de llegar, increpaba airadamente a Madame de Silva:

—Pero, por qué no te vas de una vez, maldita? ¿Por qué no te ha arrojado ya Haines de su casa?

—Porque sabe que si yo me fuera tú vendrías tras de mí...

Sus brazos, como dos sierpes malditas, rodearon el cuello de Bobby y fundió su boca en la del mozo.

—¡Es una locura querer luchar con el amor, Bobby! Esta noche saldremos para Saigon. Luego iremos a París, a vivir solos con nuestro amor.

Toyo quiso ocultarle a su padre su congoja, pero al verse junto a él, aunque quiso fingir alegría, no pudo y su angustia hizo explosión en copioso llanto.

—¡No puedo más, padre mío! ¡Parece que el pecho me va a estallar! Soy muy desgraciada.

—¿Qué tienes, Toyo mía? Dime qué motiva tu desgracia.

Toyo no tuvo valor para confesar su desdicha enorme y mintió.

—El silencio de Bobby me mata.

—¡Bah!, no seas niña. El vendrá en cuanto solvente sus asuntos.

Sonó insistentemente, por tercera vez, la sirena de un buque.

Haines penetró en el cuarto en que tenía encerrada, prisionera, a la traidora

—El boceo ha salido ya y Bobby iba en él.

—Estarás satisfecho, ¿no?

—¡No te interesa! Cuando él llegue al lado de su padre, tú saldrás de aquí para no volver en tu vida.. Y te marcharás, sin que Toyo sepa que viniste aquí a robártle el hombre que ella ama.

—¡Estúpido! ¡Crees que me interesa algo la opinión de Toyo? ¡Qué me importa a mí lo que esa chiquilla piensa de mí, ni qué me importa a mí de todos vosotros! ¡Yo he de conseguir lo que quiero, a pesar tuyo y a pesar de ella!

Un grito de Toyo les sobrecogió. La muchacha había escuchado las crueles palabras de su ma-

dre tras la puerta y al conocer en toda su miserable hediondez aquella alma perversa, le faltaron las fuerzas y se desmayó.

—¡Toyo, Toyo.. hija mía!—gimió Haines al verla inmóvil, y volviéndose a su mujer—: Durante todos estos años, le he escondido piadosamente la verdadera naturaleza de su madre. Ahora tú misma te has revelado ante ella con toda tu inhumana crueldad.

Toyo abrió los ojos.

—¿Y eres tú.. mi madre?—dijo—. ¡Mi madre... mi Bobby!...

El muchacho acababa de aparecer en el umbral. Había esperado en vano a la perversa en el muelle y en esta espera había tenido tiempo de reflexionar y arrepentirse.

—¡Bobby!—le dijo la joven, desolada—. ¡Mi corazón sólo ansía que seas dichoso, muy dichoso!

—Toyo, perdóname; estaba loco. En ella sólo te amaba a ti y no lo supe ver hasta ahora.

La cruelísima se le acercó y le dijo sarcásticamente:

—Te estaba esperando.

Y se alejó de ellos.

Del fondo de la galería se oyó el crujir de astillas rotas y de puertas que se derrumbaban.

—Llévate a Toyo!—aulló Haines junto a Bobby—. ¡El gorila se ha escapado!

Efectivamente, la bestia salvaje había logrado huir de su jaula y se dirigía al lugar por donde desapareciera Madame de Silva.

—¡Ah!... — exclamó el cazador precipitándose tras el feroz animal.

Un grito desgarrador, de muerte, acababa de sonar en la estancia donde la pérflida entrara.

VII

Haines conocía la gravedad de las heridas que recibiera en la lucha sostenida con el colosal gorila para arrancarle inútilmente su presa. Pero



—Papá, pronto curarás...

mostróse enérgico el día de la boda y ordenó se le transportase en un sillón a presenciar la ceremonia.

—Padre—había suplicado al sacerdote—, tan pronto termine la ceremonia llévelos al barco.

Y ahora, consumada la boda, los recién casados habían venido a su lado a despedirse para su viaje de novios.

—Sed muy felices, hijos míos.

—Papá, pronto curarás y te reunirás con nosotros—dijo Toyo, emocionada.

—Sí, Toyo, pronto estaré junto a vosotros para no abandonaros jamás... Pero corred; es tarde y el vapor se escapa.

Besos y abrazos nerviosos, apresurados.

Haines les vió partir, dichoso. Sus ojos dejaron escapar dos lágrimas de felicidad y se cerraron para siempre... Sonreía...

F I N

Gran éxito de

La Novela Eva

Publicación semanal de novelas
modernas

Mañana aparecerá, la magnífica novela en 20 cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Inmejorable presentación

Portada a colores

Ilustraciones en el texto,
ameno y nutrido

1 cuaderno semanal
los jueves

Precio: 25 céntimos

Se admiten suscripciones

¡La mejor novela del año!

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El Conde de Montecristo

La mujer ligera

Vírgenes modernas

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

Precio: 1 peseta



|||
EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA
|||

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

|||
BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1
|||

E
B

Tipografía Barcelona

Aribau, 206 - Teléf. 75087

BARCELONA